



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año III 15 de marzo de 1890 Núm. 124

LOS NIÑOS DE ESPAÑA Y PORTUGAL



LECHERO ESPAÑOL



UN RATO DE CHARLA

UN distinguidísimo escritor de la corte llamaba la atención recientemente sobre el ruido insoportable de que es víctima la capital del reino, enumerando los diversos estruendos que molestan á las personas amantes del sosiego.

La plaga, sin embargo, no se limita á causar sus estragos en Madrid, sino que también se extiende á no pocas ciudades y pueblos de provincia, especialmente á aquellos que contienen numeroso vecindario.

Meter ruido es una cualidad esencialmente meridional: no exclusivamente española, sino *latina*. Tan amigo del ruido es el *Capitán Fracassa* como *Tartarin de Tarascon*, como mi vecino de arriba. Es cosa que debe dar nuestro sol.

Concretándose á lo que ocurre en Barcelona, puedo asegurar que no va en zaga á la villa del oso y del madroño. Y no me refiero al ruido de las fábricas, talleres, carros y ferrocarriles, que llega hasta hacerse grato, sino al ruido de la gente, de las voces, del trajín doméstico, del clamoreo callejero, ruido incesante, inintermitente.

Las voces, sobre todo, son desastrosas. Puede que venga de la costumbre seguida en nuestras escuelas de hacer desgañitar á la chiquillería, porque es de notar que, al revés de Pitágoras, que antes de admitir á los discípulos les exigía siete años de silencio absoluto, la mayoría de nuestros educadores exige siete años de cantar á grito herido. De ahí resulta que, una vez llegados á la adolescencia, los chicos *resultan* con un vozarrón desgarrador, muy á propósito para ejercer de oradores populares.

¡Qué modo de hablar, santo Dios, hace la gente! ¡Qué ruido meten las personas conversando tranquilamente de sus asuntos! ¡Qué rugidos, qué manoteos, qué voces! Diríase que van á darse de cachetes, y estarán hablando quizás de que hace mucho frío ó de que se espera una buena cosecha.

Esas exageraciones locuaces trascienden lastimosamente al terreno práctico, á la esfera moral, y nos dan esos *bocones*, no digo españoles sino latinos, que se enamoran del *flatus vocis* y se dejan arrastrar por los *hombres de Estado* de mayor capacidad pulmonar.

Hablando Alfonso Daudet de sus paisanos, dice que se embriagan con agua, enardeciéndose con su charla. Y esto que sucede en el *Midi* registrase aquí á lo menos en igual grado. Eso no molesta en manera alguna á la grandísima mayoría de españoles, pero á la minoría de los taciturnos nos pone nerviosos y nos amarga cruelmente la existencia.

De mí sé decir que voy siempre por la calle receloso como el soldado

que va de descubierta, temiéndome á cada momento verme asaltado por alguno de aquellos siete ú ocho conocidos sin igual en darle á uno la *lata* más insoportable. Un sudor frío baña mi cuerpo cuando descubro á lo lejos



Músicos ambulantes

á alguno de esos verdugos míos. Procuro escaparme, pero ya me ha visto él: dirigese hacia mi y me tiene una hora cuando menos de pie en medio de la vía pública, hablando, hablando, hablando... y yo lanzándole inte-

riormente mil maldiciones. Y ¡con qué voces! ¡con qué gritos! ¡con qué aspavientos! Y no hay remedio: tiene uno que apurar hasta las heces aquel cáliz de necedades, de redundancias, de pleonasmos, de repeticiones, de ripios en prosa, de estupideces y de tonterías.

Todo el mundo habla gritando. Ir por la calle es exponerse á coger una enfermedad del oído, y comprendo perfectamente, por lo mismo, que haya aumentado tanto la clientela de los auristas. El oído es el órgano que más sufre en estos tiempos: creo que muchas convulsiones deben tener por origen una lesión no manifiesta del aparato auricular.

Si uno, por ejemplo, busca una calle solitaria para huir del *mundanal ruido*, ya se encargarán los vecinos de hacerle recordar que vivimos en el siglo del estruendo, representado por una botella de Champagne. De mí sé decir que jamás he podido habitar en una casa tranquila. Por de fuera parece que debe ser aquélla la mansión del silencio; pero ¡tantos pisos, tantos antros en que se rinde culto al dios Estrépito!

¿Qué hacer? Yo recomendaría á los arquitectos estudiaran la cuestión acústica de las habitaciones, haciéndolas impenetrables al ruido exterior; encargaría á los maestros que hiciesen colocar en medio de las aulas una estatua de Harpócrates, y rogaría á las autoridades llevasen á la cárcel al vociferador como se lleva al blasfemo. Pero ¡quía! estamos condenados á ese nuevo tormento que no pudo imaginar el Dante, y los delicados de oído acabaremos por desaparecer de entre nuestros vecinos trasladando el domicilio á Escocia ó metiéndonos á cartujos.

Siempre vuestro,

ANTOÑITO

EL TÍO MISERIA

(LEYENDA)

HABLAR del bueno del Tío es siempre asunto de actualidad, porque ello es que están los tiempos lo menos á propósito para borrar de entre nosotros su pálida silueta, sustituyéndola con la dorada y esplendorosa de las riquezas y el bienestar. Para colmo de desdichas, Miseria parece ser inmortal según se desprende de la curiosa leyenda que me refirió un día *Antoñito*, el que tan sabrosas y amenas charlas os dedica. Tiene él memoria peregrina, y lo que *Antoñito* no sepa ó recuerde os aseguro que nadie será capaz de conocerlo ó recordarlo.

«Si hemos de dar crédito á la fábula (que sí se lo daremos), tenía el pobre Tío un peral encantado. Cansado del continuo batallar de la vida, privado del más tenue rayo de esperanza, da en ambicionar la Muerte, seguro de que es

la mejor compañera del triste y desheredado. Sucedió que por entonces los gloriosos apóstoles San Pedro y San Pablo se dieron á correr el mundo animados de los más generosos propósitos, pero sin un cuarto en los bolsillos.



Familia
de labradores españoles

Un día que iban de camino se desató terrible tormenta que les obligó á buscar un refugio. Preguntan á una infeliz lavandera, que á pesar de la lluvia seguía sacudiendo la

ropa á orillas de un arroyo, y les encaminó á casa de un rico usurero que por allí vivía. El ricacho se negó á darles hospitalidad, alegando que su casa no era un mesón. Redobla la lluvia, y la piadosa lavandera, á falta de otro recurso, les conduce á casa del Tío Miseria, del cual les hace en breves palabras la descripción misérrima, diciéndoles que es un hombre de bien, pobre como una rata, paciente como Job, alegre como unas cas-

tañuelas, bueno como el pan, viejo como el mundo, y juguete de la suerte como del viento la veleta. Miseria los recibe afectuosamente y les ofrece un mendrugo y, como es natural, peras, aunque no haya muchas en el árbol, porque los vecinos vienen de noche á hurtárselas. Lleno de justa indignación, Miseria manifiesta que el único favor que le pide á Dios es que no puedan bajar del árbol los que á él subiesen para llevarse la fruta, cuyos votos, gracias á la gratitud de los dos santos, ve cumplidos ya al amanecer del siguiente día, en que aparecen inmóviles en el árbol varios aficionados á la fruta del cercano ajeno. Al llegar la noche se le presenta una hermosa doncella vestida de blanco con una hoz en la mano, con lo cual conoce al punto que es la Muerte; pero en lugar de hacerlo ascos, se muestra sumamente satisfecho de su visita, manifestando, empero, antes de seguirla, deseos de probar una de aquellas peras por postrera vez, á lo cual accedió de buen grado la pálida beldad, que fué tan amable para con Miseria que ella misma subió al árbol para cogérsela. Fácil fué la ascensión pero imposible la vuelta. La Muerte quedó clavada en el peral sin poder moverse de allí. Con esto nadie le tuvo ya miedo, y se celebraron grandes fiestas en honor de tan fausto suceso; pero pasaron algunos años, y, como la población aumentaba y la producción no la seguía en su progresión, resultó una gran carestía y se originaron muchas querellas y disputas entre jóvenes y viejos, igualmente sedientos y hambrientos. Hubo guerras y pestes, hambres é inundaciones que no consiguieron hacer ninguna víctima. Se recorrió á un famoso medicastro de mortífera reputación, y también fué en balde. Por último se acordó suplicar á Miseria que levantase el arresto á la prisionera, como así lo hizo movido á lástima. La Muerte bajó del árbol; pero antes de entrar otra vez en funciones, no se sabe si por gracia ó por castigo, condenó á Miseria á vivir en tanto viviese el mundo, cosa que se ha visto hasta ahora realizada por desgracia.»

Tal es la leyenda del Tío Miseria, una de las que más popularidad obtuvieron durante la edad media, época en que la leyenda constituía una verdadera institución. En rigor debería firmar *Antoñito* estas líneas; pero, si no por el original, por la transcripción lo hace

BENJAMÍN



LA GULA

(A MI DISTINGUIDO AMIGO D. ANTONIO DE ALARCÓN)

ERA una hermosa mañana del mes de mayo. El sol dejaba caer sobre la tierra sus ardientes rayos, los cuales venían á dar vida á las bellas florecillas que habían de morir después con su puesta. Las rosas elevaban sus conas para recibirle, y al sacudir su nacarado ropaje dejaban caer gotas de rocío, que parecían más bien perlas que vapor de agua congelado. Los pajarrillos le saludaban con sus más hermosos trinos, á la vez que la campana de una quinta vecina llamaba á los campesinos al trabajo.

En la puerta de la quinta se ve parado un carrillo que, tirado por retozón borricuelo, espera la salida de los viajeros para partir alegre con su bella carga. Después de oír el último adiós de sus padres y de prevenirles éstos que no usaran de las frutas por el daño que causarles pudieran en la presente estación, ocupan el carrillo Luis y Conchita. Él tendrá á lo sumo ocho años, negro, cabellera, tez pálida y dos ojos más negros que dos carbones. Su mirada indica, desde un principio, que es avaricioso y que este feo vicio le trae más de una desgracia. Conchita es el tipo opuesto al de Luis: de ojos azules como el cielo; su rubia cabellera se asemeja, flotando sobre sus hombros á las doradas espigas de trigo que mueve blandamente el céfiro; su carácter es alegre y juguetón; y, aunque de menos edad que Luis, ya le reprende de sifeo vicio.

Apenas siente el borricuelo que su carga está completa, avanza corriendo alegremente por el camino que conduce al cercano bosque. Luis le arrea, y Conchita bate palmas cada vez que el asnillo avanza un paso en su alegre y retozna carrera. Han llegado al bosque. El borricuelo ha hecho parada, y, mientras que se come la ración de forraje que le ha cortado Luis, éste y Conchitan á dar paseos por las arboladas calles del bosque. En uno de aquéllos divis Luis un ciruelo, y, como águila que va coger una presa, se abalanza sobre él. Conchita corre detrás, y, una vez llegados, calculan ambos la manera de recoger el fruto. Luis se sube á una de sus ramas y arroja el fruto, que Concha recoge en su delantal. Al acercarse á una rama donde las ciruelas abundan, advierte una de tamaño extraordinario, y, ciego por la gula, la guara en su bolsillo para comerla cuando su familia no lo vea.

El carrillo avanza por el camino que conduce á la quinta. Conchita, alegre por el regalo que lleva á sus padres, anima al borricuelo para que acelere aun más á retozona carrera. Luis le anima también, pero es con la esperanza de comese más pronto la ciruela. Han llegado á la quinta, y, mientras que Conchita ofrece á su madre las ciruelas cogidas, Luis se encierra en su aposento para omérselas. Pero ¡oh desgracia! las ciruelas estaban pasadas y los gustos habían tomado posesión de ellas, y el infeliz Luis no pudo dar rienda á sus deseos. Arrepentido por su mal proceder, corre á los pies de su madre é implora el perdón del castigo que por su falta ha cometido. Después de darle sus consejos la madre y decirle que era esto un aviso de la Divina Providencia, le ofreció recompensarle si se enmendaba en su feo vicio, como efectivamente prometió.

ANTONIO RODRÍGUEZ Y GORDÓN

LA CARIDAD

I

Es de noche. Fosco el viento
con gran furia se desata,
llevando de mata en mata



Niña campesina con una jarra

los ecos de su furor.
Por su bravura y empuje
nada resiste á su paso,
y del oriente al ocaso
todo tiembla con pavor.

II

En el exterior la lucha,
y, dentro, apacible calma,
que con el fruto del alma
duerme y sueña una mujer

¡pobrecilla! que aun ignora
que sobre su lecho mismo
se está horadando un abismo
en el que puede caer.

III

Que ya las llamas ondean
la techumbre coronando,
que sigue el viento silbando
dando fuerza á la ignición,
y que deja el elemento
á aquellas vigas macizas
convertidas en cenizas
cual despojos de su acción.

IV

Mas de pronto el humo intens
que se acumula á raudales
y el chirriar de los cristales
la hacen, por fin, despertar.
Azorada y con su hijo,
faltando á su pecho alientos,
ahogándose por momentos
se despide de su hogar.

V

—¡Adiós,—dice en su extravi—
frutos de asiduos cuidados,
en mal hora secuestrados
por la fuerza del poder!
¡Entre las miedosas garras
de la miseria me siento!
¿Dónde encontrar ya el sustent
para este ser de mi ser?...

VI

Entonces, cuando ya todo
hubo el fuego consumido,
sonó, agradable á su oído,
eco lleno de bondad
que con amor le decía:
—No temas por su existencia.
Te basta con mi presencia:
me llaman... *La Caridad.*

ANGEL M.^a GAJTE

FELICITACIÓN

(A MI QUERIDO PADRE EN EL DÍA DE SU SAÍO)

¡Día feliz! Mi corazón de niño
emocionado late de alegría,
y más que nunca mi filial cariño
todo mi ser embarga en este día.
No hay gozo como el gozo que yo siento
al hacer ver á V., padre adorado,
el inmenso placer que experimento
viéndole hoy en su dicha embelesado.

—¡Felicidad!—con ritmos de ternur
á coro entonan celestiales notas.—
Y yo, mirando á la divina altura,

—¡Oh fuente de bondad, nunca te agota!
FÉLIX BUJÁN I. REZ

A LA MUERTE DE MI HIJO PEPITO



Del mundo egoísta y frío,
entre pesares y hastío,
la atmósfera te meció,
y, pensando en tu alma pura,
Dios te vió desde la altura
y á su lado te llamó.

¡Ay, Dios! Si hubieras vivido,
al sentir tu pecho herido
por desengaño cruel,
en el cielo pensarías,
y triste á Dios rezarías
soñando volar á él.

Hoy, doloroso y maltrecho,
la oración que hubieras hecho
te la hago, ángel mío, á ti;
y pues has muerto de niño,
pide por mí con cariño
y no te olvides de mí.

Feliz entre los felices,
en tanto que á Dios bendices,
pide con el alma á Dios
que cese ya mi amargura
y en esa mansión tan pura
le bendigamos los dos.

ADOLFO SALAZAR Y OROVIO



Mendigullios



NUESTROS GRABADOS

LOS NIÑOS DE ESPAÑA Y PORTUGAL

Uno de los primeros regalos que el niño español recibe de sus padres cuando comprende al fin que tiene los pies para andar y sostenerse derecho y no para agitarlos de continuo, es un sombrerito de paja (*chichonera*) con borde saliente y abovedado, algo parecido á un turbante.

Cuando el niño se cae, este borde elástico evita que la cabeza se ponga en contacto con el suelo, y es precaución nada despreciable tratándose de ciertos niños, como por ejemplo los de la clase inferior, que salen mucho á la calle ó están casi siempre á la puerta de la casa, donde los ardientes rayos del sol secan hasta las yerbas. También le sirve al niño la *chichonera* para preservarse de ellos.

Más tarde, sobre todo por Navidad, regálase generalmente á los chicos una zambomba, especie de tambor que tiene en el centro una caña ó una varilla de madera, que se empuña, bajando y subiendo la mano rápidamente, lo cual produce un sonido sordo nada melodioso. En la clase de pueblo se hallan también muy en uso las castañuelas. Son unos pedazos de madera cóncavos y muy bien pulimentados, en figura de concha, ó bien de marfil. Tienen en la parte superior un agujero por donde se pasa una cinta que se sujeta á los pulgares, y después se hacen chocar apoyándolos en la palma de la mano. Los sonidos siguen el compás de la música de algún otro instrumento.

Con frecuencia se ven por las calles ciegos tocando la guitarra, acompañados de una mujer que hace resonar una pandereta.

Los españoles son muy fumadores. Hasta los más pobres parecen no poder prescindir del cigarro, tan arraigado está ya el vicio; y hasta diríase que algunos se conformarían más bien con la falta de alimento que con la de tabaco.

Vamos á describir ahora la casa donde viven los niños españoles.

En los pueblos es muy sencilla. Las paredes exteriores son blancas, tienen ventanas con postigos de madera y sin cristales. La puerta de entrada suele estar abierta todo el día, de modo que cualquier transeunte pueda ver de una mirada la habitación principal, que á veces sirve de sala, de tienda y de cocina durante el día y de alcoba por la noche.

La madre y las niñas duermen por lo regular en un cuarto interior, á veces en delgados jergones colocados en el suelo ó en catres de madera muy primitivos.

En la cocina hay á veces una enorme chimenea; pero más á menudo solamente se encuentran fogones, donde el humo, no encontrando salida, en algunas casas, escapa por la puerta.

Dos ó tres sillas ordinarias, varios clavos en la pared para colgar la cesta, las alforjas ó la bota, los utensilios de cocina, entre los que figuran principal-



Niños españoles en casa

mente las sartenes, pucheros y cazuelas, completan el ajuar de esta parte tan indispensable de la casa, si exceptuamos algún cántaro para el agua y dos ó tres botijos.

Y al hablar del agua recordaremos de paso que en las ciudades los llamados aguadores son los que se encargan de abastecer de agua las casas, pues el servicio de las compañías es incompleto. El agua se lleva en un carretón, en cántaros ó en cubas. Uno de nuestros grabados representa un cántaro como los que generalmente se usan.

Hemos dado idea de lo que es una casa de pueblo, la más sencilla; pero también las hay de dos pisos y de mayor importancia. Tienen el ajuar más completo, y ofrecen más comodidades. Damos un grabado que representa la cocina de una de esas casas con todos sus utensilios. Una niña da de beber á su hermanito en el característico botijo, y detrás de ellos el perro come tranquilamente la sopa cuotidiana.

En las antiguas ciudades que fueron ocupadas por los moros en otro tiempo, se ven aún casas notables por su estilo árabe, con grandes puertas de exquisito trabajo, que dan una idea de la soberbia arquitectura de aquella época. Casi todas ellas tienen patio con columnas y fuente, naranjos, granados y flores. El patio, embaldosado de mármol por lo regular, es el lugar favorito de los niños para sus juegos, y también para toda la familia cuando quiere tomar el fresco en los días calurosos del verano.

Después del desayuno, que consiste en un vaso de leche ó una jícara de chocolate con el pan correspondiente, los chicos van á la escuela; y si ésta se halla lejos, en los pueblos, los llevan montados en un burro ó una mula. Por lo regular van tres ó cuatro, que montan uno detrás de otro ó se colocan en las banastas, excepto el mayor, que se encarga de conducir el cuadrúpedo. Esta es la costumbre principalmente en Portugal, donde las caballerías tienen los pies tan seguros que, aunque pasen tocando el borde de un precipicio, no hay temor de que caigan, tanto más cuanto que los muchachos que hacen las veces de muleteros tienen mucha práctica por estar acostumbrados á cruzar continuamente entre las montañas. (Véase el grabado.)

Los montañeses y muleteros parecen confiar mucho en la sagacidad de sus caballerías, pero no sucede lo mismo con los viajeros. No hace mucho tiempo, un príncipe austriaco viajaba por las montañas, y, observando con temor que los pies de su mula tocaban la orilla de un precipicio, llamó á su guía.

—¡Hola, amigo mío!—gritó. —Hágame el favor de ver por dónde anda ese cuadrúpedo, pues de lo contrario los dos vamos á rodar por el precipicio.

—No tenga Vd. cuidado,—contestó el hombre sin quitarse el cigarro de la boca;—el animal tiene más instinto que Vd.—La observación no tenía por cierto nada de cortés.

Pasemos ahora á las escuelas.

En España no dejan de ser buenas, pero no pecan de numerosas.

Muchos de los establecimientos monásticos se han convertido muchas veces en escuelas en otra época; mas ahora hay verdaderos centros de instrucción, donde se prepara á los jóvenes para todas las carreras.

Las horas de escuela son de nueve á doce. Después se puede disponer de

dos para comer y distraerse un poco, y á las tres se vuelve á la clase, excepto en los días calurosos del verano.

Entre los muchos juegos que á acostumbran entregarse los chicos, uno



Niños portugueses cruzando una montaña

de ellos es el que llaman *al toro*. Uno de los muchachos monta sobre la espalda de un compañero suyo, y, provisto de un palo largo y puntiagudo, hace las veces de picador. Otros, cubierta la cabeza de papeles recortados que imitan la gorra del torero, son los capeadores, banderilleros y chulos. Cuando dan una corrida, como ellos la llaman, siempre hay aficionados ó curiosos que se detienen á mirarlos.

Los padres suelen llevar á paseo á sus hijos todos los domingos y fiestas, y generalmente hay algún sitio público donde se reunen todos, como sucede en Valencia, donde las familias van preferentemente á lo que llaman la Alameda y la Glorieta, magníficos jardines donde hay muchos bancos de piedra para descansar, sombreados por naranjos, rosales y mirtos. En las noches del verano acude allí mucha gente para disfrutar de la frescura después de los ardientes calores del día.

En nuestro grabado representamos un pintoresco grupo de hombres, mujeres y muchachos.

En España pululan bastante los gitanos, gente temida en general y de la cual desconfía todo el mundo. También son muy numerosos los pobres y los ciegos que piden limosna; tan importunos, á veces, que molestan á los transeúntes, sin que se haya tratado nunca de corregir este abuso, obligando á los mendigos á refugiarse en los asilos de beneficencia.

Tal es en resumen el género de vida y las costumbres de los niños españoles y portugueses, que seguramente disfrutaban de más libertad que en otros países y son mimados por sus padres más de lo que debieran, resultando de aquí que no todos profesan el necesario respeto á los autores de sus días.

Terminaremos esta breve reseña representando en nuestro último grabado el tipo del lechero español. Como se verá, no lleva el artículo en un carrutón, según costumbre en otros países, sino en una especie de cántaras de estaño que se colocan en las banastas de que va provisto el burro ó la mula.

LOS DURMIENTES EN INVIERNO

Hay algunas especies de animales que se ocultan en invierno y quedan como aletargados, aunque no duermen del todo, pues su sangre circula un poco, y de vez en cuando se despiertan bien, por poco benigna que sea la temperatura, pudiendo entonces comer alguna cosa.

No deja de ser muy curioso que esos animales sepan de antemano lo que ha de suceder, como lo demuestra la particularidad de que ponen algún alimento á su alcance cuando se retiran á su guarida de invierno.

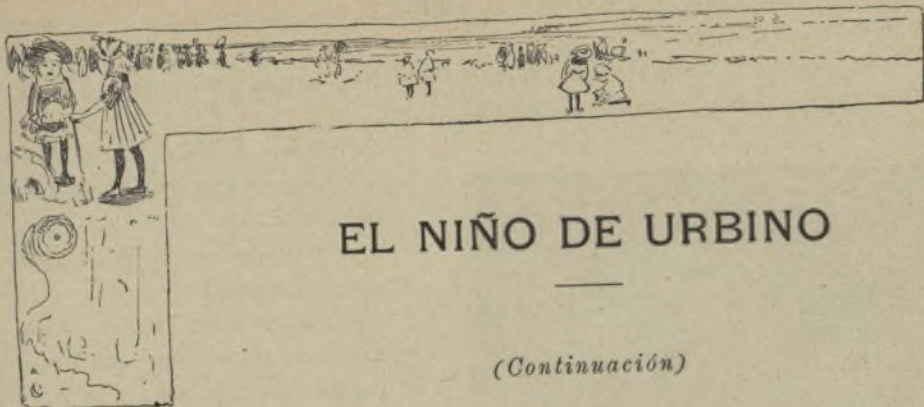
El pequeño ratón de los campos hace acopio de nueces, y de ellas come cuando se despierta en parte.

El murciélago, que también se entrega al sueño invernal, no necesita hacer tal cosa, pues el mismo calor que le revive despierta todos los insectos de que se alimenta: coge algunos, devóralos, y vuelve á dormir, colgándose de los pies posteriores.

Hay una especie de marmota que no se despierta; mas, á pesar de esto, coloca yerba seca á la entrada de su agujero á fin de tenerla desde luego á su alcance cuando llega la primavera y vuelve á la vida.

¡Cuántos seres duermen así en invierno, lo mismo entre los animales que entre las plantas!





EL NIÑO DE URBINO

(Continuación)

Luca lanzó un fuerte grito, y permaneció en seguida largos minutos en una muda contemplación. En seguida cayó de hinojos y abrazó los piecillos del niño. Era el primer homenaje que recibía de un hombre aquél cuya vida entera debía ser una serie gloriosa de triunfos y homenajes.

—Querido Luca,—le dijo dulcemente,—no hagáis eso. Si verdaderamente eso es bueno, demos las gracias á Dios.

Lo que el amigo Luca tenía ante los ojos era el gran plato oval y el gran jarrón iluminados por los rayos del sol, rodeados de los pinceles del ceramista, esparcidos aquí y allá en desorden.

El plato y el jarrón fulguraban con un brillo de ópalo nacarado de una llama maravillosa semejante á una gloria. Tenían esas tintas irisadas comparables tan solamente á pedrerías en fusión. Estaban adornados con profusión de graciosos símbolos y de dibujos clásicos. A lo largo del borde corría una guirnalda entrelazada de querubines y de flores con las armas de Montefeltro. Los paisajes reproducían los puntos de vista graciosos y familiares de los alrededores de Urbino; las montañas tenían el brillo solemne de los Apeninos á la hora del ocaso.

Entre las figuras había una que atraía las miradas desde el primer momento: era una Esther vestida de blanco, coronada de oro, á la que el pintor niño había dado el semblante de Pacífica. Y esta creación maravillosa, obra de un chiquillo, había soportado victoriosamente la prueba del horno.

—¡Oh niño maravilloso!—exclamó Luca.—¡Oh ángel enviado entre los hombres!—Y tenía el corazón tan henchido que se echó á llorar.

—Demos gracias á Dios,—repitió Rafaelito.—Y juntando sus menudas manos, que habían creado aquella maravilla, dió gracias al Señor.

Cuando los dos objetos preciosos, el plato y el jarrón, estuvieron en seguridad en el guardarropas, exclamó Luca:

—Pero, mi queridísimo niño, no veo qué fruto sacaré de las maravillas que habéis realizado. Aun cuando por vuestra parte consintierais en dejar creer que es obra mía, sería eso un sacrificio que yo no podría aceptar: sería

un fraude, una infamia. ¡No! Ni aun para alcanzar la mano de Pacífica consentiría yo en mentir.

—No vayamos tan aprisa, mi buen amigo,—dijo Rafael.—Esperad un poco y veréis. Tengo una idea. Confíad en mí.



Los durmientes en invierno

—El cielo habla por vuestra boca: estoy seguro,—dijo humildemente Luca.

Sin responder bajó Rafael la escalera corriendo.

Al encontrar á Pacífica en su camino, la rodeó con sus bracitos con más ternura aún que de costumbre.

—Pacífica,—le dijo,—tened valor.

Ella quiso preguntarle, pero él se escapó prestamente y fuese á encontrar á su madre.

—¿Acaso Luca habrá salido en bien?—pensó la joven. Pero se dijo al punto que la amistad de Rafael por Luca le habría engañado.

No podía fiarse en el juicio de un niño de siete años, aunque este niño fuera el hijo del bravo y honrado Giovanni Sanzio, pintor y poeta á la vez.

Al día siguiente era la festividad de San Juan. Debíase por la mañana exponer las obras de los opositores en el taller del signor Benedetto. El duque Guidobaldo

iría luego á escoger. El maestro alfarero, para complacer al duque, y sobre todo para hacer alarde de su imparcialidad, había declarado que no vería las obras de los concurrentes antes de la llegada del señor de Montefeltro.

En cuanto á Pacífica, habíase encerrado en su cuarto presa de la mayor agitación. Los jóvenes, por fanfarronería, criticábanse unos á otros, y no estaban hueros de jactancia. Solamente Luca se mantenía aparte, y para aguantarse firme acariciaba las cuerdas de un viejo laúd.

(Se continuará)

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: 38, principal. MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA
RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA